

Santiago García-Clairac

El Ejército Negro

II. EL REINO DE LA OSCURIDAD

*Todos llevamos en nuestro interior un reino de oscuridad
que nos produce miedos y pesadillas.*

*Sabemos que esos fantasmas que nos asustan
somos nosotros mismos.*

*Por eso nos atrae la oscuridad.
Por eso la tememos.*

ME LLAMO ARTURO ADRAGÓN Y VIVO EN LA FUNDACIÓN QUE LLEVA MI NOMBRE. ES UN GRAN EDIFICIO, PROPIEDAD DE MI FAMILIA, CONVERTIDO EN UNA EXTRAORDINARIA BIBLIOTECA ESPECIALIZADA EN LIBROS MEDIEVALES.

EL DESTINO QUISO QUE NACIERA UNA NOCHE DE TORMENTA EN UNAS RUINAS PERDIDAS, EN EL DESIERTO DE EGIPTO. MI MADRE MURIÓ ALGUNAS HORAS MÁS TARDE, DESPUÉS DE HABERME ENVUELTO EN UN PERGAMINO MEDIEVAL, ESCRITO MIL AÑOS ANTES, QUE MI PADRE ACABABA DE DESCUBRIR.

LAS LETRAS DEL PERGAMINO SE TRANSFIRIERON A MI PIEL, QUE QUEDÓ TATUADA PARA SIEMPRE. ADEMÁS, EL DIBUJO DE UN DRAGÓN APARECIÓ SOBRE MI FRENTE Y, A VECES, INUNDA TODA MI CARA, COBRA VIDA Y ME PROTEGE CUANDO ESTOY EN PELIGRO.

Y ES QUE EN EL INSTITUTO, MIS COMPAÑEROS, DIRIGIDOS POR HORACIO MARTÍN, SE BURLAN DE MÍ, HACIÉNDOME LA VIDA IMPOSIBLE. HASTA QUE METÁFORA LLEGÓ A MI CLASE, MIS ÚNICOS AMIGOS ERAN SOMBRA, QUE AYUDA A MI PADRE EN SUS INVESTIGACIONES, Y PATACOJA, UN MENDIGO CON MUCHOS SECRETOS QUE PASABA LAS HORAS ANTE LA BIBLIOTECA, PIDIENDO LIMOSNA.

ACOSADO POR LAS DEUDAS, MI PADRE HA CEDIDO A LA PRESIÓN DE STROMBER, UN AMBICIOSO ANTICUARIO QUE, SECUNDADO POR EL SEÑOR DEL HIERRO, UN BANQUERO SIN ESCRÚPULOS, HA TOMADO EL CONTROL DE LA FUNDACIÓN.

QUIZÁ PARA ESCAPAR DE TANTOS PROBLEMAS, CADA NOCHE EN-
TRO EN UN MUNDO DE FANTASÍA MEDIEVAL EN EL QUE ME SUEÑO
A MÍ MISMO...

... CONVERTIDO EN ARTURO ADRAGÓN, JEFE DEL EJÉRCITO NEGRO.

LIBRO SEXTO
DESOLACIÓN

I

EL DRAMA DE ARTURO

LA página más oscura de la leyenda de Arturo Adragón, el joven caballero que dirigió al Ejército Negro y que creó Arquimia, el mayor reino de justicia jamás conocido, se escribió durante la terrible batalla de Emedia. Allí ocurrieron dos graves acontecimientos que le partieron el corazón: la muerte de la princesa Alexia a sus propias manos y la derrota de su ejército.

Un profundo deseo de venganza se instaló en su espíritu; continuamente pensaba en matar a Demónicus, al que hacía responsable de tanta desgracia, y en castigarse a sí mismo, por haber fallado a sus hombres y por haber matado al gran amor de su vida. Las imágenes de la feroz batalla, en la que los soldados del Ejército Negro morían bajo las armas envenenadas de los demoniquianos, devorados por bestias carnívoras y abrasados por el fuego de feroces dragones, mientras él luchaba contra Alexia, poblaban sus sueños cada noche y le atormentaban sin descanso.

Desde entonces, Arturo se había convertido en un ser que no conocía la paz; pasaba muchas horas aislado, intentando ordenar sus ideas y tratando de dominar los sentimientos de rabia y frustración que le oprimían.

Arturo Adragón se encontraba ahora en la gruta subterránea del monasterio de Ambrosia, envuelto en un silencio tan profundo que hasta los más leves ruidos producidos por los pliegues de su ropa se amplificaban como un trueno y resonaban hasta en el último rincón.

Acababa de destapar el féretro de Alexia. Se inclinó sobre el ataúd, introdujo la caja de madera con el pergamino secreto que Arquimaes le había confiado y la puso entre las inertes y rígidas manos de la princesa. Sabía que el documento aquí estaría bien protegido.

Comprobó con satisfacción que su maestro había hecho un buen trabajo de embalsamamiento y había aplicado sus mejores técnicas

para conservar el cuerpo sin vida de su amada, sobre cuyo rostro pasó los dedos en señal de despedida.

Ajustó la tapa y la apretó con fuerza; los cerrojos de seguridad diseñados por Arquimaes se cerraron y el ataúd quedó definitivamente sellado. Le tranquilizó saber que nadie podría volver a abrir el féretro salvo él o su maestro, que eran los únicos que conocían la forma de hacerlo. Ahora, Alexia y el pergamino con la fórmula de la vida eterna yacían juntos en una caja fortificada, inexpugnable.

Entonces, se puso en pie, se despojó de su ropa de guerra, quedándose únicamente con el faldón y dejando su cuerpo tatuado al descubierto. Extendió los brazos hacia los lados, como si fuesen alas, y susurró una palabra que solo él pudo escuchar: «Adragón». Lentamente, sus pies se despegaron del suelo y su cuerpo se elevó, ligero como una pluma.

Suspendido en el aire, como si estuviera colgado de un hilo invisible, cerró los ojos y se adentró en sus recuerdos.

La visión de un guerrero que cabalgaba sobre un dragón, vestido con la armadura del príncipe Ratala, y que luchaba ferozmente contra él, dispuesto a matarle, se hizo tan real que sus puños se cerraron involuntariamente para eliminarla.

Su enemigo manejaba la espada con la habilidad de un guerrero experto y le forzaba a evitar sus mandobles. El filo de su arma le rozó varias veces y, después de asestarle un peligroso golpe, Arturo aprovechó un descuido de su rival y le clavó la espada alquímica con tanta furia que lo atravesó por completo y lo mató.

Los rugidos de alegría de los hombres del Ejército Negro le compensaron por los malos ratos pasados durante el infernal duelo, a lomos de un dragón, convencido todavía de que luchaba contra Ratala, que le había desafiado.

Arturo recordó cómo la muerte de Ratala había mermado las fuerzas de Demónicus. Todo estaba a favor del Ejército Negro, que recuperó la confianza en sí mismo y se vio con ánimo para ganar aquella terrible batalla contra el Mago Tenebroso. Pero después algo había salido mal.

Una vez en el suelo, Arturo Adragón quitó el yelmo de su enemigo muerto y descubrió con horror que aquel cadáver pertenecía a Alexia

y no a Ratala. El mundo se oscureció y todo dejó de tener sentido para él. ¡Acababa de matar a la persona que amaba! Lo había hecho con sus propias manos, con la espada alquímica. Un arma mágica a la que había jurado servir con honor y justicia. ¡Y su primera víctima había sido precisamente Alexia! Si el mundo se hubiera derrumbado en aquel momento, ni siquiera se habría dado cuenta.

Rememoró otra vez aquella horrorosa escena y se dejó llevar por los recuerdos. Intentó nuevamente desviar el curso de los acontecimientos, sin conseguirlo. Aquella tragedia estaba grabada en la eternidad a sangre y fuego y nadie podía cambiarla. Ahora solo quedaban los remordimientos, que le corroían las entrañas.

Con el corazón destrozado, Arturo descendió lentamente y se posó sobre la arena. Se acercó al riachuelo y vio su cabeza reflejada en el agua transparente. Su rostro, enmarcado con la letra adragoniana, se balanceaba suavemente sobre el espejo cristalino, dividiendo su rostro en pequeñas ondas que se alejaban.

* * *

Esa noche había bajado hasta el río para bañarse en soledad, como hacía cada vez que la desesperación le atenazaba. La mansa corriente que balanceaba su cuerpo le proporcionaba un consuelo pasajero y le ayudaba a enfrentarse a sus fantasmas, cada vez más poderosos. El agua fría era buena compañera para alguien que deseaba desaparecer de este mundo, reunirse con su amada y acompañar a sus hombres muertos.

De repente, el ritmo de la corriente se alteró y le devolvió a la realidad. Arturo se preguntó si esa repentina crecida del río se podía deber al deshielo, pero en seguida descartó esa posibilidad. Alguien estaba cruzando el lecho del río un poco más arriba y, a juzgar por la fuerza de las olas, se trataba de algo grande.

Entonces se alarmó.

Salió velozmente del agua, se acercó a su caballo, se ajustó el calzón y se puso el faldón de la túnica, y escuchó un relincho contenido, acompañado del paso de varios caballos. Medio desnudo, agarró su espada y se subió a un frondoso roble.

Gracias a la luz de la luna llena pudo ver cómo unos cuarenta hombres, envueltos en capas negras y fuertemente armados, se dirigían sigilosamente hacia Ambrosia.

«Demoniquianos», pensó con acierto...

No dudó ni un instante. Saltó del árbol y, de una carrera, se encaramó a una roca que cortaba el camino de los invasores.

—¡No deis ni un paso más! —ordenó enérgico cuando los intrusos entraron en el claro—. ¿Qué buscáis aquí, hombres de Demónicus?

El general Nórtigo escuchó aquella voz con sorpresa. Sus hombres ya habían aniquilado dos patrullas emedianas de vigilancia y le habían asegurado que el camino estaba libre, que no encontrarían centinelas en esta parte del bosque.

—¿Cómo te atreves? —preguntó el general—. ¿Quién te envía?

—Responde a mi pregunta —exigió Arturo, señalándole con la espada—. ¿Qué queréis?

Nórtigo observó la oscura silueta que le cerraba el paso. Pronto se dio cuenta de que se trataba de un solo hombre y de que no tenía precisamente una complexión fornida. El asunto se resolvería enviando a un par de sus mejores soldados.

—Súrfalo, Estiquio, quitad de en medio a este estúpido —ordenó.

Dos hombres de aspecto feroz, armados con una maza y un hacha vikinga de doble filo, se acercaron a él.

Arturo se quedó quieto. Sabía que esos dos guerreros querían acabar con él rápidamente. Confiaban demasiado en sus habilidades.

Súrfalo se acercó por la derecha, y Estiquio por la izquierda. Planeaban un ataque cruzado. Una táctica infalible. Y sonrieron para hacer saber a su víctima que no tenía escapatoria.

El hacha de Estiquio inició un movimiento ascendente mientras la maza de Súrfalo formaba un remolino de aire a su alrededor.

La espada de Arturo se movió con tal rapidez que los reflejos plateados de la luna apenas pudieron mostrar su trayectoria. Cortó el cuello de Súrfalo y rajó el vientre de Estiquio sin que tuvieran tiempo de gritar. Únicamente la cabeza del primero, que rebotó en el suelo, hizo un pequeño ruido que estremeció a todos.

—¿Quién eres? —preguntó Nórtigo, al ver cómo sus dos mejores hombres habían sido vencidos con tal facilidad.

–Me llamo Arturo Adragón. Soy el jefe del Ejército Negro, al que habéis vencido en las llanuras de Emedia.

Nórtigo sintió un nudo en la garganta. Ahora le reconocía. Le había visto luchar en el campo de batalla y se había sentido deslumbrado por él.

–Somos muchos contra uno solo –le advirtió el general invasor–. Es mejor que arrojes la espada. No podrás con nosotros.

–La vida ya no tiene valor para mí –respondió Arturo, masticando las palabras–. Me haréis un favor si me matáis.

–Será un placer para nosotros –aseguró el jefe de los guerreros.

–No retrocederé ni un solo paso –aseguró Arturo con firmeza mientras blandía la espada ensangrentada–. Aquí os espero.

Nórtigo no daba crédito a sus oídos. ¡Un solo hombre se atrevía a desafiar a sus más curtidos guerreros! Hombres elegidos, cuya ferocidad estaba más que probada. Todos habían participado en la batalla de Emedia y habían vencido a ese extraño Ejército Negro, que había confiado su victoria a letras de tinta y libros de papel.

–¡Rodeadle y acabad con él! –ordenó Nórtigo, convencido de que sus hombres no le dejarían escapar con vida–. ¡Matadle!

Cuando los guerreros dieron un paso adelante, dispuestos a cumplir la orden de su jefe, Arturo alzó los brazos y lanzó un grito:

–¡Adragón! ¡Ven a mí!

Ese grito de guerra heló el corazón del general demoniquiano. Se sintió tentado de ordenar la retirada, pero contuvo su impulso de cobardía. De repente, el cuerpo de Arturo se vio envuelto en una extraña nube negra que salió de su pecho. Como si un millón de pájaros oscuros hubieran acudido a su llamada. El zumbido que acompañaba a esas extrañas formas hizo detenerse a los guerreros, que, sorprendidos, no sabían a qué atenerse.

Arturo alzó la espada hacia las estrellas, y las letras se colocaron como un gran batallón disciplinado recortado en el cielo, sobre la luna blanca. Un ejército dispuesto a atacar.

–¡Adragón! –volvió a gritar Arturo, señalando a sus enemigos con su espada alquímica–. ¡Adragón!

Las letras se lanzaron contra los guerreros demoniquianos. Después de rodearlos por completo, se infiltraron silenciosamente en sus

filas e iniciaron un inesperado ataque que los soldados fueron incapaces de repeler.

Nórtigo, atónito, escuchó los gritos de sus hombres con impotencia. Esas malditas letras los estaban aniquilando sin piedad y pronto comprendió que sus guerreros no podrían con ellas. La batalla estaba perdida. Miró a Arturo, esperando que alguno de los suyos le hubiera disparado una flecha o una lanza, pero lo que vio le horrorizó: ¡la negra figura de un dragón protegía a Arturo! ¡Era una alucinación diabólica!

Dispuesto a acabar con aquella horrible magia, espolé a su montura y se lanzó contra Arturo, blandiendo una espada envenenada. Nórtigo consiguió acercarse, tras sortear a los heridos y moribundos que se revolvían entre los caballos caídos; incluso saboreó un momento el triunfo cuando advirtió que el muchacho estaba al alcance de su arma. Pero, otra vez, las cosas cambiaron de rumbo.

El dragón que protegía a Arturo se abalanzó sobre él y le lanzó por los aires como a un pelele. Mientras volaba, y como si se tratase de una visión infernal, contempló a sus hombres rugiendo de dolor, mientras las letras negras los mataban a todos, sin contemplaciones.

–¡Maldito seas! –exclamó al caer sobre una roca, a los pies de Arturo–. ¡Condenado Arturo Adragón!

–¡Malditos son los que atacan de noche y a traición! ¡Malditos los que transforman a los hombres en bestias y atacan a mujeres y niños inocentes! –respondió Arturo, apuntándole con su espada alquímica–. ¡Malditos los que robáis la vida! ¿A qué habéis venido esta noche?

–¡No lo sabrás, perro!

–¡Habla o muere! –le increpó Arturo–. ¿Cuáles son vuestras intenciones? ¿Qué buscáis en Ambrosia?

–¡Moriré antes que revelar el objeto de mi misión! –respondió, clavándose su propio cuchillo en el corazón–. ¡Por Demónicus!

Antes de morir, Nórtigo pudo ver cómo Arturo enarbolaba su espada señalando al cielo, y las letras se colocaban de nuevo sobre su cuerpo, igual que una coraza.

La noche recuperó su silencio.

Arturo caminó hasta el borde del río, se lavó, terminó de vestirse, montó su caballo y se dirigió hacia Ambrosia, donde todos dormían

tranquilamente, ajenos a lo que acababa de suceder. Los centinelas le dejaron cruzar la puerta del recinto fortificado, levantado alrededor de los restos de la abadía, sin darse cuenta de la excitación que le embargaba.

Acababa de matar a cuarenta demoniquianos y se sentía aliviado. Solo la muerte de sus enemigos ayudaba a mitigar el dolor por lo que le había hecho a Alexia y por la derrota de sus hombres.

Pero una pregunta rondaba su mente: ¿qué buscaban esos demoniquianos?

II

STROMBER TOMA EL PODER

ME llamo Arturo Adragón y desde lo más alto de la cúpula de la Fundación observo en silencio la ciudad de Férenix, que se extiende a mis pies. Pienso en la manera de arrancarle los secretos que oculta bajo su vientre de cemento.

Mi mano derecha sujeta con fuerza la espada que utilicé, días atrás, para luchar contra Stromber, allá abajo, en los sótanos de este edificio medieval que el anticuario intenta arrebatarme a mi familia. Y recuerdo la terrible lucha que mantuve con él. No puedo olvidar el momento en el que creí morir, atravesado por su espada.

Después de todo lo que ha ocurrido desde mi último cumpleaños, sé con seguridad que nada me asusta. Ahora sé que tengo la fuerza del dragón sobre mi frente y que tengo poder para luchar contra todo lo que intente destruirme, tanto si se trata de personas como de fantasmas.

Elevo la espada y apunto al cielo. Se está formando una gran concentración de robustas y oscuras nubes que anuncian tormenta.

También he aceptado que tengo sueños dolorosos y extraños que me hacen sufrir mucho, pero he terminado por admitir que forman parte de mí y los recibo con resignación. Si tengo esos sueños, será por algún motivo y no voy a renegar de ellos. Solo tengo dos temores: que

mis sueños desaparezcan y que pueda volverme loco, igual que mi abuelo paterno.

Pero reconozco que mi mayor deseo sería volver a ver a mi madre.

La tormenta acaba de empezar y un rayo se ha reflejado en la afilada hoja de la espada. Si alguien me viera ahora, seguramente me confundiría con una estatua de piedra como las que adornan el tejado de la Fundación.

Mi vida ha cambiado. Todo ha sucedido tan deprisa que apenas he tenido tiempo de asimilarlo. He pasado de ser un niño a convertirme en casi un adulto. Ahora, por fin, empiezo a comprender que los sueños me transportan a un lugar en el que todo es más real que la realidad misma. A un territorio desconocido en el que me reencuentro una y otra vez.

Pero, volviendo a la realidad, sé que me voy a embarcar en una misión difícil y complicada: tengo que ayudar a mi padre a recuperar la Fundación.

Dejaré mi vida en el empeño, pero no permitiré que nadie se adueñe de este edificio en el que mi madre tiene su última morada. Nadie la sacará de aquí. Ahora que la he encontrado, no la perderé.

La tormenta ha llegado a Férenix y descarga su lluvia sobre la ciudad. Siento cómo mi cuerpo recibe las primeras gotas de agua helada que caen de las nubes.

Espero que mis sueños me ayuden a comprender toda la verdad sobre mí. Necesito saber si, tal como sospecho, mi madre dio la vida por mí. Y también quiero averiguar qué pasó la noche en que Stromber me clavó su espada y me sentí morir. Lo que sucedió en la gruta es un misterio que no he conseguido resolver. Por eso me sigo haciendo preguntas que no tienen respuesta: ¿Soy inmortal? ¿Lo soy gracias a mi madre? ¿Soy un esclavo del dragón?

Llevo más de una hora bajo la lluvia, haciéndome preguntas y especulando sobre mi pasado y mi futuro. Ahora que falta poco para el amanecer, vuelvo a entrar en la cúpula, en busca de la reconfortante protección de la Fundación.

Han pasado unas cuantas horas desde que salió el sol, y ahora intento prestar atención a lo que sucede a mi alrededor.